

la India y Egipto lo coloca en una posición de doble valencia que para siempre marca su identidad sudamericana: por un lado, es un habitante de lo que para el europeo es el margen bárbaro y salvaje de la civilización occidental; por otro, se siente un miembro privilegiado de la elite culta de su país con apreciable solvencia económica.

Las rápidas anotaciones del Diario, reelaboradas luego en las crónicas y en varias *causeries* (textos breves, fragmentarios, de estilo conversado y ágil, frecuentemente humorísticos que el autor publicaba en el periódico *Sud-América*), anticipan el travestismo que permitirá al Mansilla funcionario del gobierno representar los intereses que pretenden liquidar la frontera interior y “civilizar” al “salvaje”, y al mismo tiempo meterse en la piel del indio vistiendo el poncho pampa y compartiendo la mesa de Mariano Rosas. No se trata de una actuación: el coronel aboga por una civilización clemente y generosa y trabaja denodadamente por lograr un tratado de paz que nunca será homologado, y que será echado por tierra cuando Roca eche a andar la máquina del exterminio.

Habiendo constatado que el inglés tiene “la más pobre idea” de su país (“creen que somos salvajes y se sorprenden cuando me oyen hablar francés y que digo lo he aprendido en Buenos Aires” 229) Mansilla se siente espejo del indio sometido al Imperio, y no le costará nada percibir al habitante de las *tolderías* como otro argentino y como su semejante.

La lectura de este Diario en los contextos y con los paratextos proporcionados por esta indispensable edición ilumina con nueva luz la obra posterior de Mansilla, y obliga a reconsiderar sus crónicas de viaje y sus *causeries*, no como meras expresiones de una “actitud contemplativa connotada por lo artístico” (como sostiene David Viñas) sino como desafíos al estereotipo de la barbarie.

GRACIELA TOMASSINI
ANLE y Consejo de Investigaciones,
Universidad Nacional de Rosario

Antonio Monclús Estella. *Las culturas judía, islámica y cristiana y la identidad de España*. Granada, España: GEU Editorial, 2013. 164 pp. ISBN-10: 8499159303; ISBN-13: 978-84-9915-930-0.

Desde que hace ya más de medio siglo Américo Castro y Claudio Sánchez Albornoz (ambos exiliados en América) se enzarzaran

en una agria polémica sobre los orígenes identitarios en la formación histórica de España, esta cuestión ha generado una amplia bibliografía, casi siempre trufada de rotundos sesgos ideológicos, sobre todo por la historia oficial franquista, que en algunos ámbitos todavía sigue vigente. Este nuevo libro del profesor Antonio Monclús supone un hito en ese largo debate, avivado en los últimos años a causa de las propuestas políticas de algunos nacionalistas, y se ofrece como un excelente observatorio para entender cómo se ha gestado la idea identitaria de España en el último siglo a partir de las diversas perspectivas sobre lo que supusieron los judíos y los musulmanes en la historia española. Pese a lo que la historiografía españolista más rancia ha pretendido explicar, la Península ibérica ha sido desde la Prehistoria una tierra de paso, pero también, y por similares razones, de encrucijada y de encuentro. De ahí que en la construcción histórica de España la multiplicidad cultural ha sido una constante en la formación social del territorio. Ahí está, por ejemplo, la variedad de grupos sociales, económicos y religiosos en Al-Andalus (hispanorromanos, hispanogodos, árabes, bereberes, judíos), o durante la Reconquista (hispanos de varias naciones, europeos de varias procedencias, mudéjares, judíos).

Además, los cambios en la configuración territorial peninsular han sido constantes, hasta tal punto que, en alguna ocasión al menos, prácticamente cualquier comarca ha sido territorio de frontera, bien sea entre Estados cristianos y musulmanes, o bien entre Estados musulmanes o entre Estados cristianos. Ni siquiera la unidad dinástica certificada a la muerte de Fernando el Católico con su nieto Carlos I, el primer soberano en ejercicio que heredó las dos grandes Coronas hispánicas, la de Aragón y la de Castilla y León, supuso el final de las fronteras internas peninsulares, que se mantuvieron hasta comienzos del siglo XVIII.

Estas seculares diferencias territoriales y estas segregaciones políticas fueron suprimiéndose con la centralización que la monarquía de los Borbones puso en marcha entre 1707 y 1714, “reduciendo todas las leyes y costumbres de los reinos y Estados de su corona a las leyes de Castilla”, como rezan los Decretos de Nueva Planta. Y aún así, todavía se mantuvieron notables diferencias en el área del Derecho (pervivencia de importantes aspectos en el Derecho privado aragonés o catalán) o en el de la economía y la fiscalidad (peculiaridad de los territorios forales de Guipúzcoa, Vizcaya, Álava y Navarra), que siguen existiendo a comienzos del siglo XXI, y se mantienen pese a

todas las turbulencias de los siglos XIX y XX y a la propia Constitución de 1978. E incluso surgieron, si bien de manera esporádica y sin apenas recorrido temporal, propuestas folcloristas como los movimientos cantonalistas de 1868 a 1873, el imperialismo de opereta de fines del siglo XIX y comienzos del XX en el norte de África, el Sahara Occidental y Guinea Ecuatorial (en 1969 se llegó a decir que el Sahara Occidental era “tan español como la provincia de Albacete”), el federalismo irredento de la I República, los Estatutos de Autonomía de la Segunda, o incluso la proclamación del Estado Catalán dentro de la II República Española el 6 de octubre de 1934.

Todas estas convulsiones, que tienen su origen en las diferentes maneras de entender la configuración de España en los dos últimos siglos, acabaron convergiendo en la idea de las “dos Españas” de Machado, que desde el siglo XIX y hasta hoy, y de manera terrible y sangrienta en la Guerra Civil de 1936, se han confrontado una y otra vez, y siempre lo han hecho a partir del presentismo, con poco espacio y menos tiempo para la reflexión pausada y el análisis sosegado. Esto, que se echaba en falta, es precisamente lo que hace Antonio Monclús en este libro. Hace ya tiempo que el profesor Monclús, tanto en sus trabajos de investigación como en los cursos y seminarios que dirige, anda diseccionando y clarificando los caracteres que han contribuido a la formación del imaginario colectivo hispano, y lo ha hecho desde posiciones elevadas, a fin de obtener una radiografía precisa y completa de cuantos factores han contribuido a configurar “lo español”. Este libro es el resultado de decenas de lecturas y de varios años de reflexiones sobre ello, centrándose en el análisis de las aportaciones que diversos historiadores han publicado sobre las tres grandes religiones —cristiana, musulmana y judía—, y sus correspondientes culturas, y las reflexiones que han debatido sobre la idea de España.

El eterno dilema de ¿Qué es España? ha enfrentado política e intelectualmente a los españoles en el último siglo, en ocasiones con una violencia —Guerra Civil y franquismo de por medio— realmente terrible. Pero, como bien explica el profesor Monclús, este enfrentamiento no es un producto espontáneo generado en el conflicto de las “Dos Españas” del primer tercio del siglo XX, sino el resultado de un largo proceso que tiene su origen en la Edad Media. El libro de Antonio Monclús arranca con un amplio y documentado repaso a lo que significa “ser español”, insertando con rigor las diferentes visiones que se han dado sobre la coexistencia de judíos, musulmanes y cris-

tianos, sin renunciar a desmenuzar las polémicas que se han sucedido sobre la importancia de las aportaciones de judíos y musulmanes a la historia de España. En ese análisis, se detiene con profundidad en la aportación de las tres grandes culturas medievales hispanas (cristiana, musulmana y judía) a la cultura común española.

Es especialmente brillante el análisis de los dos grandes exilios forzados de la Historia Medieval hispana: la desaparición física de Al-Andalus, que se produce de manera progresiva durante varios siglos y se concreta en la obsesión que se establece desde los Reyes Católicos y que sigue vigente entre algunos historiadores actuales por borrar el pasado musulmán, y la expulsión de los judíos de Sefarad, que se desencadena de manera traumática y contundente en apenas tres meses de 1492. Al-Andalus y Sefarad aparecen en este libro como dos conceptos clave para comprender el pasado español, lo que ha pretendido ser minimizado por algunos historiadores españolistas y que Monclús explica con una precisión notable. Porque el profesor Monclús muestra con claridad que las poblaciones mudéjares y judías no constituyeron graves problemas en la Edad Media desde su conquista y sometimiento por los reinos cristianos, aunque es cierto que se produjeron algunos enfrentamientos violentos entre las diversas comunidades, si bien de manera puntual, y que cuando comenzaron a serlo no fue por “su culpa”, sino por la política de unificación religiosa que pusieron en marcha los Reyes Católicos a fines del siglo XV, y que incluyó lo que el propio Monclús denomina “un proceso de demonización terminológica de ‘los moros’ que llegará absurdamente en la actualidad a no ser políticamente correcto” (p. 113).

Y así fue, porque hasta fines del siglo XV la religión no constituyó por sí sola ningún impedimento para la convivencia o coexistencia de judíos, musulmanes y cristianos en los reinos de la Península ibérica (a mediados del siglo XV los judíos de Calatayud o los de Toledo podían reconstruir sin problemas sus sinagogas, y los mudéjares de Zaragoza o de Ávila podían trabajar como carpinteros y albañiles en la construcción de iglesias cristianas). La presencia de judíos y musulmanes era hasta entonces tan natural que los viajeros que visitaron la Península destacaron la normalidad de esta situación, impensable en otras regiones de la Europa cristiana.

Dice un viejo refrán castellano que “no desees al prójimo lo que no quieras para ti”. Quizás con esa máxima de fondo, los intelectuales exiliados españoles que tuvieron que dejar su país al acabar la

Guerra Civil que se desencadenó tras el golpe de Estado de julio de 1936 se acercaron a los exilios de musulmanes y judíos hispanos con una nueva perspectiva. Si aquellos fueron expulsados u obligados a convertirse al cristianismo so pena de muerte, en 1939 el triunfo del franquismo implicó la salida de España de los que no acataban el nuevo régimen totalitario y dictatorial. El Dr. Monclús realiza en este punto un sugerente y brillante análisis de Historia comparada entre el significado de los exilios de los siglos XV y XVII de judíos y moriscos y el de los republicanos españoles del siglo XX, concluyendo que “la España ‘ortodoxa’, la que entra en la modernidad de la mano de la Inquisición, comienza su drama más profundo, el hecho del proceso de su integración por desarrollarse de forma incompleta” (p. 133).

A lo largo de todo este libro está muy presente la crítica y la demolición intelectual, y ahí radican muchos de los valores de esta obra, de la tendenciosa y excluyente manera con la que los más conservadores políticos españoles y su legión de acólitos propagandistas han querido presentar la historia de España y la configuración de la identidad de “lo español”.

Y para que la falsedad y la mentira no vuelvan a dominar el panorama de la “historia oficial de España”, el profesor Monclús propone la necesidad de una “relectura que más que lamentarse de la deriva histórica de un momento determinado, como es el caso de la mutilación de todo elemento hispánico judío o moro-andalusí al comienzo de la edad moderna, lo que indica es la necesidad de situar en el lugar que le corresponde a cada sujeto histórico, sin condenarle con la repetición del paso del tiempo a un olvido ignorante” (pp. 144-145).

Clarificador y brillante, con una selección de citas y referencias perfectamente adecuadas a cada momento, este libro supone una gran aportación al debate sobre la identidad histórica de España, y una clarividente reflexión de cómo la Historia, bien analizada y bien entendida, se convierte en una disciplina imprescindible para la formación integral del ser humano.

JOSÉ LUIS CORRAL LAFUENTE
Director del Taller de Historia y
Catedrático de la *Universidad de Zaragoza*